

LA SILLA DE RUEDAS Y EL PUCHERO.

Después de una vida juntos, él partió en un barco para un viaje sin retorno. Un billete a ninguna parte, una singladura dirigida por un siniestro comandante que a buen seguro, hará perder el rumbo a todos sus pasajeros.

Al principio él confiaba, tomaba su pastilla para el mareo que más podría ser confusión, y creía en las indicaciones. Así, sin querer, con el billete en la mano regalo de un malévolo sorteo, partió hace ya seis años. Hoy sigue su singladura por los océanos de la mente y el olvido, atravesando marejadas y calmas.

Ella le acompaña en la distancia, siguiendo su destino desde la costa, en la lejanía mental, no física. Pero ahí está, no desfallece, no se rinde, no olvida a quien, quizás, pronto la olvide.

Y esa es su vida. Ella prepara un puchero con todo lo necesario. Pasándolo por la batidora para que su comida sea más sencilla. Cada día, cada mes, cada año. Y él vive. Y vive bien, su cara lúcida y tersa de bebé mayorcito. A ella le llama madre. Pero está contenta y feliz de pasearlo cada día en su silla de ruedas por la cubierta brumosa y fría de aquel navío imaginario.

Yo me pregunto si lo que no hacen las pastillas, es capaz de hacerlo el cariño. Y cada día lo tengo más claro. Nos dijeron que su viaje no duraría mucho, y van seis años. Feliz de ser y estar. Con la vida más simple y rutinaria posible, sin muchos lujos en su camarote, pero feliz de mirar a los ojos de quienes lo rodean. Su mirada ve más que nosotros, descubre nuestro estado de ánimo, con ojos profundos que miran al corazón. No es posible el engaño, almas sin velo somos a su mirada.

¿Cuándo llegará a destino? No sabemos. Pero de seguro será con cariño y música. Música de viento y cuerda. No hemos encontrado mejor bálsamo y terapia para su tranquilidad durante la travesía.

Son así, una pareja que se juró amor eterno, y lo van a cumplir.

No puedo estar más orgulloso de un binomio tan fantástico.